

LA RECONSTRUCCIÓN DIACRÓNICA ENTRE ORALIDAD Y ESCRITURA.  
EL CASO DE LOS MARCADORES DISCURSIVOS  
*CLARO, ENTONCES Y TOTAL\**

Martin HUMMEL  
Universidad de Graz - Austria

### 1. Introducción

La reconstrucción del desarrollo diacrónico de una lengua implica problemas metodológicos considerables. Labov (1994, p. 11) hace hincapié en el problema de los *bad data*, es decir, de la documentación insuficiente de la lengua en los datos accesibles. En el caso de los marcadores del discurso, conviene incluso hablar de un *worse data problem*, puesto que las unidades más típicas y más frecuentes se usan casi exclusivamente en la lengua oral coloquial. En concreto, marcadores discursivos como *bueno, claro, total, o sea*, etc. son muy frecuentes hoy en día en la comunicación oral informal. Sin embargo, su reflejo en los textos escritos es escaso. Y si se utilizan, suelen ser adaptados: *claro* → *está claro que* o → *claramente*. En otras palabras, suele evitarse usarlos con independencia sintáctica. Al mismo tiempo, la riqueza de su prosodia se ve reducida, en parte porque la naturaleza misma del código escrito lo impone, pero también porque nuestra tradición de escrituralidad es una cultura de explicitud fundamentada en *oraciones y textos*, que se opone al carácter inferencial de la oralidad informal con sus "units of talk" (Schiffrin, 1987, p. 31). Evitando el uso independiente y reduciendo la riqueza prosódica, se mutila al mismo tiempo el correlato de estos rasgos: la polifuncionalidad. Simultáneamente, se produce un movimiento de creación de nuevos marcadores del discurso para las funciones discursivas en los textos escritos que compensa la exclusión de los marcadores discursivos orales. De ahí que se explique la expansión de los adverbios en *-mente* con función discursiva en los textos escritos en los siglos de estandarización de la lengua (cf. Company Company, en este volumen).

Los marcadores discursivos constituyen un campo de investigación idóneo para la reflexión epistemológica sobre si es posible reconstruir la diacronía oral a partir de datos diacrónicos escritos. Si bien la bibliografía no carece de críticas relacionadas con la inadecuación de las fuentes escritas para el estudio de la diacronía, los autores no se arriesgan a concretizar

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de *Semántica latino-románica*, dirigido en la Universidad Autónoma de Madrid, con referencia FFI2012-34826.

MARÍA MARTA GARCÍA NEGRONI (ED.)

# Marcadores del discurso: Perspectivas y contrastes

Lucía Bernardi • Claudia Borzi • Adriana Caldiz  
Marisa Censabella • Concepción Company Company  
Liliana Cubo de Severino • Mónica Djian Charbit  
Laura Eisner • Gisela Elina Müller  
María Marta García Negroni • Sonia Gómez-Jordana Ferary  
Patricia C. Hernández • Martin Hummel  
Óscar Loureda Lamas • Ana María Marcovecchio  
Antonio Messias Nogueira da Silva • Laura Miñones  
Ann Montemayor-Borsinger • Javier Vicente Pérez  
José Portolés • Teresa María Rodríguez Ramalle  
Cláudia Andrea Rost Snichelotto  
Sibylle Sauerwein Spinola • Fernanda Wiefeling  
Adriana Zurlo



 Santiago Arcos editor  
**Colección Instrumentos**

*Dirección Editorial:*  
MIGUEL A. VILLAFANE

*Diseño:*

*Cubierta:* ANA ARMENDARIZ

*Interiores:* GUSTAVO BIZE (gustavo.bize@gmail.com)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2014 Santiago Arcos editor  
Puan 467 (1406) Buenos Aires  
e-mail: santiagoarcoseditor@uolsinectis.com.ar  
E-mail: santiagoarcoseditor@uolsinectis.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

ISBN: 978-987-1240-

los caminos para solucionar los problemas. El presente artículo se entiende como ensayo de reflexión sistemática sobre las posibilidades o imposibilidades de reconstruir la diacronía oral. La sección 3 examina el peligro de explicar la oralidad como reducción elíptica, poniendo por caso el ejemplo del marcador discursivo *claro*. La sección 4 analiza las consecuencias generales que podemos sacar del caso de *claro* para la reconstrucción diacrónica, situándolas en el marco de antecedentes significativos. Ante la imposibilidad de acceder a datos orales diacrónicos, la exploración de datos sincrónicos actuales constituye un complemento metodológico legítimo para reconstruir la diacronía oral. La sección 5 escoge el caso de *entonces* para advertir de los peligros de una reconstrucción retrospectiva, mientras que la sección 6 toma el de *total* para poner de evidencia las ventajas que puede ofrecernos la sincronía actual. Finalmente, la sección 7 sugiere un marco teórico que tiene en cuenta la tensión oral-escrito, oponiéndose a la visión tradicional de la oralidad como decadencia, elipsis o corrupción de las normas establecidas en y para la escritura.

## 2. Planteamiento metodológico

Podemos suponer con buen criterio que la lengua oral informal, digamos de la Edad Media, habrá tenido sus marcadores discursivos también. Sin arriesgarnos a postular la universalidad de este tipo de unidades (cf. Fraser, 2006), no cabe duda de que se trata de un fenómeno muy común en todas las lenguas románicas. Para los neogramáticos, la recurrencia panrománica de un fenómeno era un claro índice de su origen común en el latín vulgar (oral). En consecuencia, podemos asumir que el latín vulgar y los romances que se desarrollaron a partir de él tenían sus marcadores discursivos orales, que probablemente tampoco se recogieron tal cual a la hora de escribir. Obviamente, ello no nos permite postular el uso de una unidad concreta como *claro*, sobre todo porque los datos sincrónicos nos advierten de la capacidad de sustituir un marcador por otro en la misma función. Así, donde los españoles dicen *vale*, en rioplatense se dice *dale*. Pero si no se usaba *claro*, habrá sido otra unidad. De esta forma, tenemos al menos la certeza de que hubo usos orales que no se encuentran representados fielmente en los textos escritos.

Esta observación, por insignificante que parezca a primera vista, es muy importante, en la medida en que nos autoriza a buscar los marcadores discursivos orales. En concreto, esta certeza permite que se dé más importancia a algunos fenómenos cuantitativamente marginales en los documentos escritos. Por fuertes que sean sus tradiciones propias, la oralidad y la escritura no son sistemas independientes. Dicho de otra forma, los marca-

dores discursivos pueden haber aparecido en los textos escritos, al menos de forma adaptada. Si bien debemos poner en tela de juicio la capacidad de los textos escritos de *reflejar* la oralidad, tampoco parece probable que los recursos usuales no se *detecten* en ella (cf. Ricca, 2008). Como es obvio, ello nos obliga a cuestionar la operacionalidad de las metodologías cuantitativas en el campo peculiar del estudio diacrónico de los marcadores discursivos. Así, por ejemplo, si escogiéramos criterios de frecuencia para la lematización de los marcadores del discurso del español actual en un diccionario, fundamentándonos empíricamente en textos periodísticos o ensayos, el uso independiente de *bueno*, *claro*, *total*, etc. no entraría, o lo haría muy selectivamente con vistas a su polifuncionalidad oral. Según se desprende de este ejemplo, la relación de la oralidad con la escritura en la lengua actual puede ayudarnos a interpretar mejor las fuentes históricas (cf. Eberenz, 2003, pp. 64-81). Ello incluye procesos como la sustitución de *claro* por *claramente* o *está claro que*, que no encuentran problemas de aceptación en la expresión escrita. Por consiguiente, el hecho de usar *claramente* y *está claro que* en documentos escritos podría indicarnos que el uso de *claro* con funciones discursivas fue un hecho general de la lengua española en un momento dado. Si, además, se encuentran algunas pocas atestiguaciones de uso independiente del marcador discursivo *claro*, por ejemplo en textos del teatro popular, ya dispondríamos de cierta evidencia empírica. Obviamente, tales reflexiones no dejan de ser reconstruccionales, pero operamos con un mínimo de control metodológico, y no es menos problemático tomar solamente los datos empíricos escritos.

Si bien es cierto que puede haber variación en el uso de marcadores discursivos con la misma función, como en el caso de *vale* y *dale* que acabamos de mencionar, no deja de sorprender que el conjunto de los marcadores discursivos más frecuentes no varíe tanto en el conjunto de las variedades del español. Antes al contrario, podemos afirmar que *bueno*, *claro*, *total*, o *sea*, *igual*, *entonces*, *pues* (o *po(s)*, *pu(s)*), etc. pertenecen a una misma tradición oral compartida por todos. Tal convergencia no sería sorpresiva en la tradición escrita marcada por los esfuerzos de cohesión panhispánica asociados a las academias de la lengua o a personalidades como Rufino José Cuervo y Andrés Bello. Pero la tradición oral de los marcadores discursivos escapa por completo al control normativo siempre que la comunicación sea oral informal. En concreto, nadie va a evitar el uso independiente de *bueno*, *claro*, *igual*, *cierto*, etc. en el habla oral, a la hora de comunicarse informalmente. Uno puede preferir *obvio* a *claro*, pero no se va a renunciar a este tipo de recurso. En consecuencia, me parece lícito pensar que la observación de los datos orales actuales constituye un complemento metodológico útil a la hora de reconstruir la diacronía de los marcadores discursivos. En este sentido, la

coincidencia panhispánica de los *types* apunta hacia una tradición antigua de usar estas unidades como marcadores del discurso.

La investigación científica, en lugar de concentrarse únicamente en la diacronía de una unidad lingüística concreta, podría dedicarse a la tarea de describir el conjunto de los marcadores discursivos en sincronías situadas en el pasado. Así, Ricca (2010) propone un análisis innovador de las unidades con funciones discursivas del latín, y también disponemos de un estudio de los marcadores discursivos en italiano antiguo (Bazzanella, 2010) y en la primera poesía italiana (Dardano, 2012). Evidentemente, tales proyectos nos van a dar, en primer lugar, una descripción de la organización discursiva de los textos escritos, pero es posible que se encuentren también datos que nos permitan discernir los casos que reflejan una práctica oral. Una vez realizado el inventario, podrían descartarse todos los marcadores discursivos que provienen por vía culta del latín clásico. Para el análisis del resto de los casos, hay que resaltar la importancia de estudiar los procesos de adaptación de lo oral a lo escrito. Ahora bien, en este campo proliferan los errores de análisis. Según veremos ahora, no se trata de errores aislados, sino de equivocaciones que se prestan a una sistematización iluminadora.

### 3. ¿Elipsis oral o elaboración escrita? El caso de *claro*

#### 3.1. *El supuesto camino de gramaticalización elíptica está claro que > claro que > claro*

El supuesto camino de gramaticalización que va desde la construcción máximamente explícita *está claro que* hacia la variante “elíptica” *claro* con funciones de marcador discursivo independiente, no es una hipótesis que pudiéramos confinar a la teoría de la gramaticalización, sino que se trata de un lugar común que encontramos en numerosos lingüistas, también en casos análogos como *lógico* y *seguro*: “En su origen [de *claro*] se presupone la estructura *está claro*” (Fuentes Rodríguez, 1993, p. 100; Martín Zorraquino y Portolés, 1999, p. 4158, nota 111; Travis, 2005, pp. 4, 78, 80-81; Barrenechea, 1979, p. 45 (“elipsis” con *seguro*); Ocampo, 2006, p. 311; Freites Barros, 2006, p. 265 y Fuentes Rodríguez, 2009, *s.v.* *lógico, seguro*). Según estos autores los caminos de gramaticalización son o podrían ser: (1a) *está claro que > claro que > claro* o (1b) *está claro que > está claro > claro*. Resulta interesante constatar que nadie siente la necesidad de justificar la hipótesis, o de comprobarla empíricamente. Conforme veremos ahora, esta intuición de evidencia es, en primer lugar, un efecto perverso de la visión que los hablantes cultos, y especialmente los lingüistas, tenemos de la lengua.

¿Qué sucede cuando intentamos comprobar estas hipótesis con datos empíricos diacrónicos? Según decía arriba, el escaso reflejo de los marca-

coincidencia panhispánica de los *types* apunta hacia una tradición antigua de usar estas unidades como marcadores del discurso.

La investigación científica, en lugar de concentrarse únicamente en la diacronía de una unidad lingüística concreta, podría dedicarse a la tarea de describir el conjunto de los marcadores discursivos en sincronías situadas en el pasado. Así, Ricca (2010) propone un análisis innovador de las unidades con funciones discursivas del latín, y también disponemos de un estudio de los marcadores discursivos en italiano antiguo (Bazzanella, 2010) y en la primera poesía italiana (Dardano, 2012). Evidentemente, tales proyectos nos van a dar, en primer lugar, una descripción de la organización discursiva de los textos escritos, pero es posible que se encuentren también datos que nos permitan discernir los casos que reflejan una práctica oral. Una vez realizado el inventario, podrían descartarse todos los marcadores discursivos que provienen por vía culta del latín clásico. Para el análisis del resto de los casos, hay que resaltar la importancia de estudiar los procesos de adaptación de lo oral a lo escrito. Ahora bien, en este campo proliferan los errores de análisis. Según veremos ahora, no se trata de errores aislados, sino de equivocaciones que se prestan a una sistematización iluminadora.

### 3. ¿Elipsis oral o elaboración escrita? El caso de *claro*

#### 3.1. *El supuesto camino de gramaticalización elíptica está claro que > claro que > claro*

El supuesto camino de gramaticalización que va desde la construcción máximamente explícita *está claro que* hacia la variante “elíptica” *claro* con funciones de marcador discursivo independiente, no es una hipótesis que pudiéramos confinar a la teoría de la gramaticalización, sino que se trata de un lugar común que encontramos en numerosos lingüistas, también en casos análogos como *lógico* y *seguro*: “En su origen [de *claro*] se presupone la estructura *está claro*” (Fuentes Rodríguez, 1993, p. 100; Martín Zorraquino y Portolés, 1999, p. 4158, nota 111; Travis, 2005, pp. 4, 78, 80-81; Barrenechea, 1979, p. 45 (“elipsis” con *seguro*); Ocampo, 2006, p. 311; Freites Barros, 2006, p. 265 y Fuentes Rodríguez, 2009, s.v. *lógico, seguro*). Según estos autores los caminos de gramaticalización son o podrían ser: (1a) *está claro que > claro que > claro* o (1b) *está claro que > está claro > claro*. Resulta interesante constatar que nadie siente la necesidad de justificar la hipótesis, o de comprobarla empíricamente. Conforme veremos ahora, esta intuición de evidencia es, en primer lugar, un efecto perverso de la visión que los hablantes cultos, y especialmente los lingüistas, tenemos de la lengua.

¿Qué sucede cuando intentamos comprobar estas hipótesis con datos empíricos diacrónicos? Según decía arriba, el escaso reflejo de los marca-

dores discursivos en los textos escritos y la progresiva liberalización de las actitudes lingüísticas en el decurso de los siglos, pueden originar una corroboración posiblemente falsa de este camino de gramaticalización con datos escritos. Así, Ocampo (2006, pp. 309-311) encuentra el primer ejemplo de *claro* con función discursiva en un texto del siglo XIX, en una traducción del francés, mientras que la primera atestiguación de *es claro que* proviene del siglo XIII. Las otras variantes (*claro es que*, *claro es*, *claro que*, *está claro que*, *claro está que*, *claro está*, *es claro*, *está claro*) aparecen en este orden en el decurso de los siglos XV a XVII. Así pues, *claro* sería la variante última de la serie, confirmando además el desarrollo diacrónico *es claro que* > *claro*, aparentemente. En su análisis ponderado, Ocampo alude claramente al problema de la representación de los marcadores discursivos en los textos escritos. Ni siquiera hoy se documentaría de forma objetiva en el mismo tipo de texto el uso oral de esta unidad, ni cualitativa ni cuantitativamente. Insistimos en ello sobre todo porque nos permite formular claramente una aporía empírica de la que difícilmente escapamos: la ausencia o escasa presencia de *claro* no nos permite sacar la conclusión de que no se usaba como marcador discursivo, pero tampoco podemos inventarnos una realidad no documentada. No podemos saberlo, si no encontramos otros datos.

### 3.2. La integración sintáctica como fenómeno de elaboración de la escritura

Contrariamente a los supuestos caminos de gramaticalización (1a) y (1b), tiene mayor probabilidad el proceso inverso (2), entendido como proceso de adaptación del marcador oral independiente *claro* a las normas de la expresión escrita: (2) *claro* → *está claro que*. Tampoco pienso que haga falta asumir la intervención de pasos intermedios como *claro está*, *está claro*, *claro que*, etc. Son simples variantes que coexisten sincrónicamente. Los argumentos en contra de (1), que posiblemente se confirme falsamente en los datos diacrónicos escritos, provienen esencialmente de la sincronía actual. Quiero demostrar de esta forma que el análisis sincrónico es un complemento útil del análisis diacrónico, e incluso, que resulta artificial deslindar la diacronía de la sincronía.

En primer lugar, si es correcta la hipótesis (1), habría que suponer que el supuesto camino de gramaticalización se extiende a todos los marcadores discursivos con base adjetival. Desde el punto de vista funcional, ello es efectivamente posible en casos como *seguro* y *lógico*. No obstante, no funciona con *total*: *Total, no viene* (o *Total que no viene*) → *\*Es total que no viene*. Tampoco funcionaría con *igual*. Como mucho, *es igual* y *da igual* cubrirían una parte muy limitada de la polifuncionalidad de este marcador discursivo y adverbio epistémico. Estos datos sincrónicos nos permiten constatar que es

poco probable, desde el punto de vista funcional, que el camino (1) constituya una tendencia general. Podría hacerse sentir en algunos casos, como posiblemente en el de *claro*.

En segundo lugar, los datos sincrónicos nos permiten afirmar que *está claro que* casi no se usa en la oralidad informal. En el Corpus Kluge del habla oral chilena, explorado en Hummel (2012), que contiene 9,5 horas de entrevistas con empleadas domésticas en Santiago de Chile, el marcador *claro* es el segundo más frecuente, con 152 ocurrencias, pero *está claro que* no ocurre ni una vez, siendo *claro que* la única variante relevante. Si bien esto no excluye la eventualidad de la relación genética (1), los hablantes de hoy no sienten la necesidad de usar la paráfrasis. Teniendo en cuenta que *claro* proviene de un adjetivo, es decir, de un modificador, podemos considerar que la capacidad de modificación es un aporte que le está garantizado por la clase de palabras subyacente. De ello se desprende que no necesita la ayuda de un verbo copulativo para funcionar como modificador, como en el caso de los sustantivos (cf. el tipo de modificación en *Juan es padre*, en el que el sustantivo *padre* necesita la ayuda del verbo copulativo para convertirse en atributo de *Juan*). En *Claro, no va venir*, el marcador *claro* dirige su semántica evidencial directamente al enunciado. Podemos explicitarlo con *está claro que*, pero no es necesario. Pensamos que la escritura privilegia esta última posibilidad sobre otras variantes, pero no hay necesidad funcional para expresar la modificación con una construcción copulativa. Basta usar *claro*, incluso con independencia sintáctica.

En el caso de *bueno*, para el que Travis (2005, pp. 76-123) asume la relación genética *está bueno (que)* → *bueno*, la discrepancia es todavía más fuerte. *Está bueno* y *está bueno que* no se encuentran ni en el Corpus de Travis (2005, pp. 80-81) con datos orales colombianos, ni en el Corpus Kluge. Además, aunque se puedan usar, las situaciones en las que ocurren son muy marginales y funcionalmente limitadas. Las paráfrasis no corresponden de ninguna manera a los papeles principales de reformulación, de expresión de una reserva, e incluso de una contraposición de este marcador, ya que *está bueno* se usa para aceptar, con posible efecto irónico. En conclusión, desde el punto de vista de la sincronía oral actual, la supuesta relación genética no es necesaria, no es empíricamente pertinente y tampoco se corresponde con las funciones de los marcadores discursivos. La expresión de una reserva o contraposición con *bueno* solo se explica a partir de su independencia sintáctica (prosódica), que torna posible una interpretación inferencial en la que la aceptación aparente es un recurso retórico para “vender” sus argumentos. La lexicalización de *bueno* como marcador de reserva presupone un desarrollo a partir del uso productivo de *bueno* sin integración sintáctica.

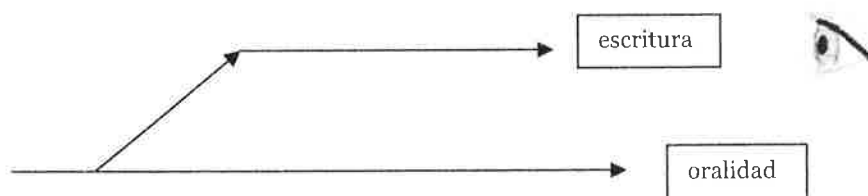
En tercer lugar, según acabamos de ver, las paráfrasis con verbo copulativo están lejos de corresponderse con la polifuncionalidad y polisemia de muchos marcadores discursivos. No se trata de una casualidad, puesto que la principal fuente de la polifuncionalidad es, juntamente con la dislocación sintáctica, la autonomía sintáctica de los marcadores discursivos, en la medida en que esta crea su potencial inferencial. Por contra, las paráfrasis *está claro que* y *está bueno que* son plenamente explícitas, sin margen de interpretación (a no ser la irónica). Además, las construcciones copulativas suelen activar el significado de base del adjetivo (Givón, 1970, p. 828; Hummel, en prensa b). No es funcionalmente posible que formen la base de un desarrollo polifuncional. De hecho, solo funcionan relativamente bien en casos como *lógico* y *seguro*, cuyas funciones discursivas no se alejaron de la función básica. Sin embargo, ni en estos casos las paráfrasis son funcionalmente necesarias. Tampoco deben de ser frecuentes en la oralidad coloquial donde se prefiere el uso independiente. En contrapartida, la escritura canónica solo acepta las paráfrasis plenamente explícitas, si exceptuamos la mimesis oral, como en las respuestas afirmativas del tipo "*Lógico*" en los diálogos literaturizados en discurso directo. De ello se desprende que es probable que las paráfrasis explícitas, en lugar de haber subyacido al uso independiente, se hayan implementado específicamente en y para la expresión escrita, sustituyéndose a los marcadores orales parentéticos. Como es evidente, no debemos negar la posibilidad de usar *está claro que* en la oralidad informal, pero su frecuencia va a ser mínima, a diferencia de la que se observa en la escritura. Por eso, hay que contar con una distorsión considerable de la diacronía del marcador discursivo *claro* si el análisis parte de la observación de datos escritos.

En cuarto lugar, podemos considerar que el carácter asindético de la expresión oral es un universal lingüístico. En ninguna lengua del mundo se habla con frases enteras (como lo supone la sintaxis oracional). En el aprendizaje de la lengua, los niños no aportan la costumbre de hablar con frases enteras, sino que la aprenden secundariamente, sobre todo en la escritura, pero también en la expresión oral culta. Resultaría absurdo, desde el punto de vista sincrónico, aplicar el esquema (1) al aprendizaje de los marcadores del discurso por el alumnado. Antes al contrario, tenemos que considerar la frase entera como producto de un esfuerzo cultural y educacional de elaboración de una cultura de escritura. Debemos asumir lo mismo en el caso de *está claro que*. Tanto esta paráfrasis, como el dogma de la frase entera en general, o el de los textos escritos cohesivos y coherentes, son el resultado de un esfuerzo de explicitación plena y coherencia en la escrituralidad, o, dicho de otro modo, de eliminación de las estructuras asindéticas y del funcionamiento inferencial, que son universales de la expresión oral espon-

tánea. Sin embargo, es muy común que se entiendan las estructuras orales como decadencia de los principios de la frase entera, quizá algo menos entre lingüistas, pero sin duda en los hablantes en general y en la manera de tratar la oralidad en la enseñanza, donde se habla de “corrupción”.

#### 4. La diacronía entre espejismo y realidad

Transpuesto a la diacronía, esta situación recuerda la teoría del desarrollo de las lenguas romances a partir de la supuesta decadencia del latín clásico (cf. Wright, 2011, p. 60). Defendida en el siglo XIX, los lingüistas pronto se dieron cuenta de las curiosas continuidades que se observan entre el latín antiguo y el latín tardío (cf. Pulgram, 1975, pp. 38, 271-273 y Pfister, 1912). Así, por ejemplo, las reglas del latín clásico prevén la desinencia *-ē* para la formación de los adverbios a partir de los adjetivos de la primera y segunda declinación (adjetivos en *-o* / *-a*), y el sufijo *-iter* para la tercera declinación. Curiosamente, esto no era exactamente el caso del latín antiguo, donde las costumbres eran más liberales, y en el latín tardío, donde la presión normativa iba disminuyendo, se observa un incremento constante de formas dobles del tipo *humanē* / *humaniter* (Hummel, 2013). Ante estos datos, la hipótesis más probable es la que asume una continuidad oral en la que las vacilaciones eran usuales. En lugar de explicar dicha vacilación como decadencia de las normas del latín clásico, tiene mayor probabilidad la hipótesis según la cual la rigidez de las reglas del latín clásico fue el resultado de un esfuerzo de normalización culta que se desvió del uso oral tradicional. Por eso, Poccetti (2008, p. 37) llama la atención sobre “le caractère artificiel de la règle classique qui réserve ces formations aux adjectifs de la II<sup>ème</sup> classe”. En consecuencia, el uso más libre en el latín tardío no es el producto de la decadencia del latín clásico, sino el resultado de una tradición oral que reaparece cuando la presión de la norma culta desaparece, según el esquema:



Esquema 1: La elaboración de una cultura escrita

Obviamente, ello no excluye las interdependencias osmóticas, pero en el caso del latín no podemos considerar la capacidad de leer y escribir como generalizada.

Del mismo modo, el griego clásico tenía un mecanismo de formación adverbios con el sufijo  $-\omega\varsigma$ , pero también se observó el uso de los adverbios cortos. En el griego moderno, solo la forma sin sufijo sobrevivió como regla productiva. Es posible que ello se explique con la persistencia de la tradición oral en contra del cultismo  $-\omega\varsigma$ . En griego moderno, el sufijo con la ortografía moderna  $-\omega\varsigma$  se encuentra únicamente en la formación de adverbios cultos. Podemos suponer, pues, que existe una tradición oral continua de usar el adverbio corto, y que hubo esfuerzos de canonizar un sufijo en griego clásico y esfuerzos posteriores de reanudar con esta tradición culta. Sabemos, además, que los modelos gramaticográficos del griego clásico influyeron bastante en las reglas del latín clásico.

Finalmente, no es distinto el caso de las lenguas romances. Según lo demuestra Company Company (2012), los adverbios en *-mente*, es decir, las variantes con sufijo, tienden a aparecer como cultismos en la tradición escrita, al menos en términos de frecuencia, mientras que la lengua informal conserva la costumbre de los adverbios cortos. Lo mismo sucede con el sufijo inglés *-ly* frente al adverbio corto (e.g. *to speak loud(ly)*, *typical(ly)* *German, real(ly) good*, etc.) (Hummel, en prensa a). Esto me hace suponer que el proceso esquematizado en el Esquema 1 es casi universalmente aplicable a las lenguas que vinieron a establecer, en un esfuerzo cultural gigantesco, una norma culta basada en la expresión escrita.

Ahora bien, los hablantes cultos miran retrospectivamente los procesos diacrónicos desde el punto de vista de la tradición escrita, según lo indica el ojo en el Esquema 1, cayendo en las trampas denominadas “decadencia”, “deformación”, “elipsis”, “reducción”, “vacilación”, “corrupción”, etc. Se presenta tan naturalmente a nuestra mente, como se les presentó a otra generación la explicación del origen de las lenguas romances con la decadencia del latín clásico. Si bien se superó la teoría de la decadencia del latín, no podríamos decir lo mismo en otros dominios de la lingüística. El camino de gramaticalización (1) es una variante del mismo problema metodológico, se hable o no de decadencia (cf. Narbona Jiménez, 2002, p. 134). Es más, el extenso uso que hace la gramática tradicional del término *elipsis* es, en muchos casos, de la misma índole.<sup>1</sup> Cuando la sintaxis oracional moderna alude a argumentos del verbo que “caen” o “se suprimen”, cuando se suponen estructuras (generativas) subyacentes con un mayor grado de explicitud, o

1. Cf. la discusión acerca de si es posible explicar la génesis de los adjetivos a partir de frases relativas, como en *el árbol verde de el árbol es verde* (Bolinger, 1967; Marchand, 1966 y, recientemente, Ramaglia, 2011, pp. 39-41). Cf. también Greenbaum (1969, p. 215) acerca de las funciones discursivas de los adjetivos (elipsis de *it is* o *what is*).

cuando la teoría de la gramaticalización recurre al principio de la “cancelación de la sintaxis”, la perspectiva es la misma, como si el hablante al hablar tuviera una frase completa en su mente y dejase caer ciertos elementos (cf. Company Company, 2004b). Se parte de la doctrina de la plena explicitud, que pertenece a la cultura de escritura, para detectar la elipsis (cf., recientemente, Brucart & Macdonald, 2012). Es completamente contraintuitivo. Resulta sorprendente la ingenuidad con la que se aplican tales principios. No es que no sean posibles casos de cancelación sintáctica, pero no podemos erigirla en principio teórico. Antes al contrario, conviene adoptar la perspectiva inversa para comprender el hablar. Los hablantes no quitan lo que no necesitan, sino que *ponen* los elementos que necesitan.

Un ejemplo muy ilustrativo es el famoso carácter *pro drop* de ciertas lenguas. En el caso de las lenguas romances, no cabe duda de que tenemos que describirlas en términos de lenguas *pro insert*, puesto que el latín no tenía pronombres. Y no es solo un problema terminológico. Si se adopta la perspectiva de una tendencia diacrónica general *pro insert* que favorece la explicitación de los pronombres, ya parece muy normal que haya lenguas más “avanzadas”, como el francés o algunas variedades del portugués brasileño, y también hasta cierto punto el español rioplatense con *vos*. Es normal por otro motivo: la inserción es exactamente lo que hacen los hablantes en sus actos de habla, donde tienen la plena libertad de insertar el pronombre o no. Diciendo “Voy a casa”, el hablante no opera una reducción elíptica de “Yo voy a casa”, sino que, al contrario, añade (*insere*) en el segundo ejemplo el pronombre *yo* porque le parece útil para realizar sus objetivos comunicativos. Así, por ejemplo, los diálogos orales estimulan el uso de los pronombres sujeto por su relevancia interactiva. En todos estos casos, el comportamiento lingüístico es de tipo *pro insert*. Bajo estas condiciones funcionales y comunicativas, resulta obvio que se hayan desarrollado tendencias de inserción más o menos fuertes en ciertas variedades de la tradición románica. Se sabe, por ejemplo, que la frecuencia del pronombre sujeto explícito y la del gerundio aumentan en el español de EE.UU. Ello demuestra que el contacto lingüístico puede acelerar las tendencias *pro insert* y crear zonas “avanzadas”.

En definitiva, lo que importa aquí es ver que el dogma de la frase “completa” con sujeto y predicado verbal, del que “desvían” las lenguas *pro drop*, es un hecho cultural que, reforzado en las décadas pasadas por el papel modelístico del inglés, explica por qué muchos lingüistas hablan de *pro drop*, convirtiendo artificialmente la inserción en elipsis. En lugar de observar cómo se habla y cómo se desarrollan las lenguas, adoptan un dogma o modelo lingüístico como punto de partida de sus reflexiones genéticas o diacrónicas. Ello implica el peligro de confundir el dogma con lo diacrónicamente

primario. No lo estoy criticando como si fueran siempre otros lingüistas quienes cayesen en la trampa, sino que diría antes que todos nosotros corremos el riesgo de adoptar intuitivamente tales puntos de vista porque la educación lingüística y nuestra formación de lingüistas nos han dado una “segunda naturaleza”. Fruto de un proceso de aprendizaje con reglas explícitas, tenemos la segunda naturaleza más consciente que la que nos guía en el habla informal espontánea.

Añadamos un último ejemplo para confirmar la generalidad del problema metodológico. La muy repetida hipótesis de la decadencia diacrónica del subjuntivo es otro lugar común. Ahora bien, el subjuntivo es, ante todo, un modo que conoció un ascenso enorme en la escritura, porque su frecuencia de uso se multiplicó con la introducción de las estructuras sintácticas hipotéticas complejas. De nuevo, podemos corroborar la utilidad metodológica de los estudios sincrónicos variacionales para entender mejor la diacronía. Así, por ejemplo, el subjuntivo referido a hechos reales casi no se encuentra en el Corpus Kluge del habla oral chilena (Hummel, 2005). En tales casos, los hablantes prefieren el indicativo. Mirando bien los datos, uno se da cuenta de que el subjuntivo referido a hechos reales es, en la gran mayoría de los casos, una estrategia retórica que podemos atribuir al habla escrita y al habla oral culta. Basta con citar ejemplos como “El hecho de que haya” / “El que haya” / “Aunque haya” / “Me alegro de que haya / de ahí que digan”, etc. Se trata de un desarrollo que es marginal en el habla oral informal, pero bastante apreciado en las realizaciones cultas de la lengua. Podemos incluso especificar que se trata de un desarrollo particularmente visible en la tradición retórica culta escrita y oral. La sincronía variacional actual nos ayuda a detectar el fenómeno: *grosso modo*, no hubo decadencia del subjuntivo en el coloquio, sino ascenso en una cultura escritural fundamentada en el principio de la integración de la información en oraciones hipotéticas.

### **5. La sincronía como fuente de conjeturas diacrónicas falsas: el caso de *entonces***

Para conocer bien el papel de los marcadores discursivos en la comunicación, hay que analizar corpus bien definidos. Si confundimos diálogos, ensayos monológicos, novelas, teatro, etc., entramos en contradicción con el papel de guías que se les adscribe, ya que un diálogo no necesita el mismo tipo de guías que un monólogo. Por otro lado, no podemos extrapolar los resultados obtenidos a partir de un corpus definido respecto a una determinada situación comunicativa a la lengua en general.

El caso de *entonces* es aclarador al respecto. *Entonces* tiene tres funciones principales que corresponden a tres significados, como en los ejemplos del Corpus Kluge:

- (F1) J.—era parte (yo lo he dejao), no sé era como:, lo veían como mAllo  
 ... lo veían como malo  
 B.—((risa))  
 J.—*entonces* no, no ..(1) äh, *ahora*, es como distinto pero antes era que  
 como todo, casi la mayoría se quedaba allá, a mí, de mi edad/, la  
 mayoría quedaba allá, porque: (Julia, 141)
- (F2) M.—porque loh-, loh, loh hermanoh que eran chiquitito po, todos  
 .. ((sorbe los mocos)) y dehpué ya:, se, falleció mi papá ... y: ..  
 quedaron, cuatro, chiquititos, y éramoh cuatro grande=y cuatro  
 chico .. ya, y *entonce*=no- .. a, dehpué=y a: apoya- äh=äh, a todo  
 ehto, yo traje a Otra hermana .. para=acá .. y trabajamo lah do:, y  
 entre (nosotro) empezamo=a=ayudar a- .. a mih hermanoh chico  
 (Marta, 369)
- (F3) M.—porque el terreno es, parejo y es, húmedo .. se llama tierra  
 trumada, ya ... eh húmedo .. (bueno no le dan), *entonces* se siembra  
 mucha papa .. (Marta, 153)

La función (F1) es la de adverbio de tiempo puntual “en aquel momento”. La segunda (F2) se refiere a una secuencia temporal “después de algo”. (F3) corresponde a un análisis metafórico de la segunda que transpone la secuencia temporal a una consecuencia lógica ‘por eso’.

Si bien nadie pondría en duda, intuitivamente, la naturaleza motivada (polisémica, polifuncional) de las relaciones semánticas que unen estos significados, Travis (2005, pp. 171, 176) deduce de sus datos una relación homonímica. La autora justifica su análisis con la ausencia de las funciones (F1) y (F2) en su corpus de conversaciones informales entre colombianos. No se observan siquiera los típicos casos en los que la interpretación es ambivalente (F2/3) (secuencial temporal y/o consecucional). Si bien el Corpus Travis no es accesible públicamente, el análisis cuidadoso de la autora, que menciona sistemáticamente los casos problemáticos, nos conduce a aceptar esta observación. De ser así, el marcador discursivo *entonces* habría conocido una gramaticalización homonímica en la diacronía. Desde el punto de vista metodológico, ello pone nuevamente de evidencia la utilidad de las observaciones sincrónicas variacionales sacadas de un corpus bien definido para la formulación de hipótesis diacrónicas, con tal de que no se confunda la hipótesis, que es una simple conjetura, con el desarrollo real.

Los datos del Corpus Kluge discrepan de los de Travis (Hummel, 2012, pp. 221-246). La función temporal local (F1) ocurre 14 veces, la función temporal secuencial (F2), 47 veces, y la función consecucional (F3), 114 veces, confirmándose al menos la tendencia a preferir las últimas dos funciones

a la primera. Los casos de ambigüedad secuencial-consecuencial (F2/3) se suman a 80. Si descartamos la eventualidad de diferencias diatópicas considerables entre Chile y Colombia, que es poco probable con un lexema como *entonces* que pertenece al fondo común más básico del español, fuerza es buscar otro tipo de explicación: en los datos de Kluge, tanto la alta frecuencia de *entonces* como la mayor frecuencia de las funciones temporales y lógico-consecutivas, tienen que ver con el hecho de que las empleadas domésticas contestan a una serie de preguntas biográficas. Esto las obliga a referirse a momentos del pasado y a producir secuencias narrativas. Por el contrario, en el Corpus Travis, los datos provienen de conversaciones informales entre personas que se conocen bien. Si nos imaginamos una conversación durante el desayuno o en un bar, es probable que dominen los intercambios rápidos sin secuencias narrativas, todavía menos respecto del pasado. Por consiguiente, hay buenos motivos para explicar la ausencia de (F1) y (F2) en el Corpus Travis con la situación comunicativa. De ello se desprende lo peligrosa que puede resultar la generalización de las extrapolaciones realizadas a partir de un corpus limitado.

Es importante ver, además, que la mayoría de los hablantes del Corpus Travis pertenecen al estrato culto. Resulta curioso imaginarse que no conocieran las funciones temporales de *entonces*, ya que Travis detectó las funciones temporales en un corpus de novelas: “out of 100 tokens collected from Colombian novels, close to half encode temporality, but none of the 201 tokens that occur in the conversational corpus encode this meaning” (2005, p. 175). Ahora bien, la motivación del uso de una palabra es justamente algo que suele producirse en la mente humana, y no en los textos. La inexistencia de las funciones temporales en el corpus oral de Travis no nos dice nada acerca de lo motivado que es el uso consecutivo de *entonces*. Si es que ha habido gramaticalización, ella no borró por completo la posibilidad de una lectura motivada. De hecho, la ambivalencia secuencial-consecuencial de muchos ejemplos en otros corpus, confirma la relación íntima y transparente que une el significado secuencial con el consecutivo.

Finalmente, el caso de *entonces* nos pone nuevamente de cara con nuestros prejuicios de hablantes cultos. *Entonces* conoció una vida tranquila de “adverbio temporal” en nuestra gramaticografía, lexicografía y enseñanza, es decir, la tradición culta. Es lo primero que se nos ocurre cuando nos preguntan por el significado de *entonces*. El significado temporal local (F1) “en aquel tiempo” es el único mencionado en la edición de 1732 del volumen respectivo del *Diccionario de Autoridades*. En su 22ª edición, el *Diccionario de la Real Academia* solo alude al significado temporal local y la función de conjunción consecutiva. Parece que los lingüistas también lo aceptan como significado básico, e incluso primitivo. Renuncio a citar la lista de los auto-

res que parten del significado temporal local para explicar las funciones discursivas en *entonces*. Consecuentemente, cuando en el siglo xx la lingüística empezó a centrar su interés también en las funciones discursivas, la hipótesis que tan naturalmente se plantearon los lingüistas fue la de cómo se llegó diacrónicamente del adverbio temporal “en aquel tiempo / momento” a las funciones secuencial y consecucional. Y así lo intenté yo mismo al principio. No quiero excluirme del efecto de espejismo. Pero pronto me di cuenta de que no podía ser. La etimología se remonta claramente al latín *in tunc*, que ya tenía una semántica progresiva en la conexión de argumentos.

En la sincronía contemporánea, la motivación de las tres funciones aparece también con mayor claridad si admitimos que la secuencialidad temporal fue el significado original. Así, por ejemplo, en el corpus Kluge, las hablantes chilenas tienen la costumbre de usar *en aquel (ese) entonces* cuando quieren actualizar unívocamente el significado temporal puntual. Y efectivamente, *entonces* necesita contextos muy marcados en el discurso para actualizar el significado ‘en aquel momento’ (véase la oposición a *ahora* en el ejemplo (F1)). En los diccionarios la situación es otra. Resulta fácil documentar el primer significado en una frase aislada, mientras que en el discurso natural *entonces* se encuentra casi naturalmente entre dos enunciados. Ahora bien, las frases aisladas favorecen naturalmente el significado F1, de tal suerte que los diccionarios lo presentan artificialmente como significado básico. Además, no todos los diccionarios utilizan ejemplos; se fundamentan en los efectos semasiológico-semánticos que produce el escuchar o leer una palabra. Completamente aislado, *entonces* tiende a actualizar su significado temporal puntual. Así las cosas, no parece descabellado pensar que nuestra lexicografía haya contribuido a fijar en la mente de los hablantes cultos un significado que no es el primario desde una perspectiva descriptiva. Por consiguiente, hubiéramos de nuevo confundido lo canónico con los orígenes de la lengua. De hecho, creo que (F1) es una variante contextualmente marcada de (F2), y (F3) la metáfora de (F2).

## 6. La observación de la gramaticalización en la sincronía: el caso de *total*

En los procesos diacrónicos de gramaticalización no tenemos conocimiento directo del habla oral subyacente. En contrapartida, la sincronía actual pone todos los elementos a nuestra disposición. Es posible que asistamos hoy en día a un proceso de gramaticalización que concierne a una de las funciones dentro de la polifuncionalidad de *total*. Me refiero a ejemplos como “Total, que no va a venir”, en los que la función de recapitulación somera dirigida a los argumentos anteriores se combina con una dinámica

conclusiva orientada hacia el progreso de la argumentación (cf. Vázquez Veiga, 1994-1995, pp. 364-365). El caso es interesante, porque el proceso inferencial conclusivo posibilitado de forma productiva por la pausa prosódica marcada con la coma, se ve integrado y “convencionalizado” en un grupo sintáctico conjuntivo cuando la pausa desaparece (cf. Hansen & Waltereit, 2009). Según demuestran los ejemplos, la variante integrada es usual, tanto en América como en Europa:

- (4) Total que, como tú bien decías, no pude conseguir el préstamo. (Vázquez Veiga, 1994-1995, p. 360)
- (5) JOA: total que al final me tenga que acabar subiendo tu ordenador / hhh a mi casa (Cresti & Moneglia, 2005)
- (6) Tú sabes que yo... trabajo, estudiaba en la Escuela, estaba embarazada... y atendía la casa... total que no... a mí no me quedaba tiempo de... de estudiar aquí [...] (Davies, habla culta, Caracas)

En estos ejemplos, se observa una gramaticalización casi clásica, en la medida en que *total que* aparece como unidad no internamente separada con pausas, conservándose, sin embargo, el mismo efecto que solo se puede conseguir productivamente con una “pausa inferencial” entre *total* y *que*. Podríamos plantearnos la eventualidad de que las transcripciones de las grabaciones no sean correctas, pero el hecho de que los ejemplos provengan de tres fuentes diferentes le resta importancia a este argumento. Además, desde el punto de vista de un desarrollo potencialmente relevante en la diacronía, resulta más importante que el receptor, es decir, los lingüistas que efectuaron la transcripción, no tuvieran problemas con escribir *total que*. Ello reviene a constatar que de los dos lados del Atlántico ya es aceptado. Finalmente, podemos añadir que la transcripción en una palabra (*totalque*) correspondería a veces mejor a su realización prosódica.

En los ejemplos, la prosodia separa *total que* claramente del texto anterior, mientras que la pausa que le sigue es menor o ausente. La pequeña pausa en (4) no pertenece a *total* sino al inciso “como tú bien decías”. Estas características acercan la construcción al grupo de las conjunciones subordinantes de la gramática oracional, al menos como posible desarrollo. Esto se ve confirmado por el análisis semántico, en la medida en que *total que* tiene un significado consecutivo. Obviamente, no es una conjunción subordinante que se corresponda completamente con las que se encuentran en los textos escritos, puesto que la pausa anterior correspondería a un punto. Sin embargo, esto no excluye que lo consideremos como conjunción oral, ya que el tipo de construcción con que empieza el enunciado –una conjunción de subordinación– es frecuente en la oralidad informal, por ejemplo, cuan-

do alguien contesta con “Si es que es tu hermano”. De esta forma, *total que* corresponde al siguiente criterio:

la gramaticalización consiste en la fijación de estrategias discursivas, de manera que los fenómenos lingüísticos que, en un estado de lengua dado, operan en un nivel discursivo o textual, en un nivel más pragmático, se convierten con el paso del tiempo en construcciones gramaticales convencionales, carentes ya de condicionamientos pragmáticos. (Company Company, 2004a, p. 30)

En el caso de *total*, los datos sincrónicos proporcionan todos los elementos genéticos que permitirían tal desarrollo diacrónico. Dicho de otro modo, en la sincronía disponemos de la completa serie de variantes *orales* paralelas cuya coexistencia motivada explicaría el proceso de gramaticalización mencionado por Company Company, si tal proceso se hiciese visible desde un punto de vista diacrónico situado en el futuro, por ejemplo si todas las variantes excepto *totalque* fueran eliminadas. No es muy probable, hoy en día, que tal proceso se produzca, puesto que la tradición escrita está bastante canonizada, pero en protorromance un proceso de este tipo podría haber producido un conector oral que después, una vez integrada en la norma escrita, hubiera dado una conjunción consecutiva perfecta. Basta con recordar la etimología compuesta de adverbios como *entonces, nomás, tal vez, quizá, además, también*, o de conectores como *porque, con todo, o sea (que)* para darse cuenta de la relevancia diacrónica del proceso. En tales casos, la gramaticalización diacrónica puede incluso contar con el efecto adicional de las actitudes más restrictivas de la escritura frente a las variantes constructivas, que posiblemente seguirían coexistiendo (durante algún tiempo) en la oralidad subyacente, posteriormente ocultadas por los documentos escritos. En otras palabras, los marcadores discursivos independientes de la oralidad nunca tuvieron una buena acogida en la tradición escrita, pero una conjunción oral del tipo *totalque* hubiera correspondido a los imperativos de la sintaxis oracional prosódicamente integrada. De ello se desprende un peligro mayor que afecta a la observación de los procesos de gramaticalización mediante documentos escritos: la propia tradición escrita favorece la selección de variantes en detrimento de otras. Por consiguiente, es posible que la aparición del marcador *claro* en textos del s. XIX se explique como aparición en la escritura de una variante que nunca dejó de ser usual en la oralidad, aunque sí excluida de la escritura.

Consecuentemente, la coexistencia de variantes en la sincronía nos permite un mejor entendimiento de cómo podrían haber sido los procesos de gramaticalización que la lengua hablada ofreció a la escritura en romance. Obviamente, la sincronía nos presenta variantes coexistentes que no nos

autorizan a pronunciarnos sobre la direccionalidad del proceso de gramaticalización. Sin embargo, en el caso de *totalque* el análisis funcional nos obliga a asumir un proceso inferencial preliminar. La variante “Total, que no va venir” ofrece las condiciones necesarias. Además, la independencia prosódica es un elemento fundamental en el desarrollo de la polifuncionalidad, de tal suerte que podemos referirnos a aspectos quizá universales para justificar el desarrollo.

### 7. La teoría del *Sprachausbau*

Hasta ahora hemos observado los problemas que debemos tener en cuenta a la hora de reconstruir la diacronía. Los únicos datos que nos permiten acceder de forma directa a la realidad lingüística de otros tiempos son escritos. Por eso, la metodología nos conduce de lo escrito al oral. Ahora bien, el desarrollo diacrónico fue otro. Según hemos visto arriba, la tradición escrita es la que se desprende de la tradición oral. Se trata de un movimiento innovador y progresivo. Así las cosas, no vamos a entender la diacronía si no nos desprendemos de las metodologías que siguen la dirección opuesta: tenemos que comprender cómo la escritura emerge en condiciones naturales y culturales vigentes históricamente. De esta forma, no solo cernimos mejor lo que podría haber sido la lengua hablada, sino que vemos mejor los factores que convierten a la escritura en una tradición *sui generis*.

La teoría del *Sprachausbau* (Kloss, 1967; Maas, 2008 y 2010; cf. Poun-tain, 2011), definido como elaboración y construcción de una lengua diferenciada según registros y códigos (oral, escrito) para fines comunicativos específicos, nos permite situar mejor el desarrollo histórico de la lengua. La faceta más significativa del *Sprachausbau* es sin duda el desarrollo de una cultura de escritura que se desprende de la tradición oral. En una primera fase de desarrollo, la lengua escrita suele ser la obra de una élite culta. Esto se verifica en el caso de las lenguas occidentales actuales. El latín escrito sirvió de modelo tanto para la escritura del alemán o del inglés como para las lenguas romances (Maas, 2012a; cf. Castillo Lluch y López Izquierdo, 2010). Hasta los siglos XV-XVI (el s. XVII en los textos científicos), aproximadamente, la escritura en romance fue la obra de personas que usaban, en primer lugar, el latín. Recuérdese que la obra paradigmática de Dante, en la que erigió la lengua vulgar en lengua más noble, se escribió en latín (*De vulgari eloquentia*). Lo mismo se puede decir de los intentos más recientes de instaurar una escritura estándar en lenguas como el gallego, el sardo y el friulano, o en dialectos, que ciertos intelectuales, acostumbrados a escribir en la lengua estándar, desean transformar en lenguas escritas (por dar un ejemplo: *la lengua extremeña*). Tienen toda la dificultad del mundo para dife-

renciarse de los modelos de escritura, como lo fue el caso de la Francia absolutista que quiso desmarcarse tanto del latín como del italiano, sin lograrlo completamente. En este sentido, los casos recientes de escrituralización son un laboratorio interesante para ver cómo se adaptan las estructuras orales (que tendrían que grabarse) a las exigencias de la escritura.

La oralidad espontánea de personas sin conocimientos de escritura no dispone de los recursos necesarios para realizar textos narrativos o argumentativos con estructuras hipotácticas complejas. Así, el romance primitivo no dispuso de estructuras aptas para la escritura, ni las tienen las variedades regionales que actualmente desean dotarse de una escritura. En este sentido, muchos gramáticos del Renacimiento sintieron un retraso frente a las lenguas clásicas y preconizaron el “enriquecimiento lingüístico” (v.gr., Du Bellay, en Francia), buscándolo, conforme mandaba el espíritu del Renacimiento, en los modelos que ofrecían las lenguas clásicas. Al mismo tiempo, relativizaron lo que la tradición oral había romanizado, luchando en contra del “latín de boticario”. Un ejemplo aquí relevante es la normalización de las variantes ortográficas antiguas *-miente* y *-mientre* a favor de *-mente*, en la que tuvo un papel importante el hecho de que los hablantes escribían la lengua vulgar como lengua secundaria frente al latín (cf. Company Company, 2012, pp. 26-27). Desde mi punto de vista, el esfuerzo de “enriquecimiento lingüístico” podría explicar el curioso “pico” que Company Company (en este volumen) observa en la diacronía cuantitativa de los recursos lingüísticos, justamente en el siglo xvii, es decir, cuando el enriquecimiento se había traducido en las costumbres.

En un segundo tiempo, las entidades políticamente responsables, como lo eran las naciones incipientes, se veían obligadas a controlar la proliferación, como en el caso de los adverbios en *ment(e)*, primero preconizados, después criticados (Hummel, 2012, pp. 310-315; cf. Criado de Val, 1972, p. 199). De ahí que nacieran instituciones como las academias de lengua, y personalidades como Malherbe y Vaugelas en Francia. Cito a estos autores porque la Francia absolutista sustituyó a la Italia renacentista como modelo intelectual del Occidente, antes de que el Siglo de las Luces y la Revolución francesa propagaran sus ideas en las personalidades fundantes de las naciones de América. Es más, se observa un desarrollo paralelo en inglés, donde los adverbios en *-ly* se fueron sobreponiendo a la tradición germánica de los adjetivos-adverbios (e.g. *to work hard*), con las mismas etapas de expansión, de depuración, y con el resultado de la canonización de los adverbios con sufijo en detrimento de los adjetivos-adverbios (Hummel, en prensa a). Según hemos visto en la sección 4, se observan asimismo movimientos de estandarización de la expresión escrita durante la cual se imponen los adverbios con sufijo: *-ως* en griego clásico, *-ē* e *-iter* en latín clásico, *-iter* en el

latín tardío escrito, *-ment(e)* en romance escrito, *-ly* en inglés, y, en un campo funcional más limitado, los sufijos al. *-erweise* y neerl. *-erwijs* para marcar los adverbios *de frase* o *de texto* (utilizo estos términos en lugar de *adverbios enunciativos* porque se corresponden con la tradición escrita). Dicho de otro modo: compartimos una cultura occidental de escrituralidad.

Si el proyecto de escritura de una élite tiene éxito, como es el caso del español, se observa una progresiva “demotización” (Maas) de la escritura, es decir, una propagación progresiva a lo largo de los siglos de los conocimientos de escritura en la población, con fenómenos de erupción como en la literatura del posfranquismo después de una etapa de control lingüístico. De esta forma, la lengua que todos practicamos está mucho mejor representada en la escritura de hoy que hace siglos. Además, se enriquece desde el punto de vista de los registros, sin hablar de la permeabilidad de la escritura al respecto. Si el siglo XIX se abre al hablar popular (v.gr., el naturalismo literario), el siglo XX va a reflejar la diversidad de los registros en su literatura, a veces de forma exagerada, como en las estilizaciones de jergas o de los dialectos (cf. el criollismo). Maas (2012b, p. 399) llama la atención sobre el griego, donde los marcadores del discurso parentéticos se emplearon con mayor facilidad en la lengua escrita a consecuencia del prestigio de la retórica oral.

Además, la introducción de nuevas técnicas como la imprenta, que exige la estandarización, los periódicos, la televisión, los emails, etc., abre la vía a nuevos tipos de *Sprachausbau* hasta el punto de convertir la simple demotización “nacional” en globalización (v.gr., la globalización del marcador discursivo *fijo* en el mundo hispanohablante a través de la red; Hummel, 2012, p. 167). Todos estos procesos se reflejan o no en los corpus conforme se configuran. Sin embargo, la mayoría de los estudios diacrónicos hacen caso omiso de las diferencias entre obras individuales, tipos de textos, ubicación regional, etc., reuniendo los datos en listados aislados del cotexto y de los contextos históricos, interpretándolos según los siglos, sin tener en cuenta que las épocas que rigen ciertos desarrollos pueden situarse a caballo entre siglos, y que las épocas no son las mismas para cada registro (cf. los emails). Tampoco suelen los corpus diacrónicos integrar la información filológica necesaria (cf. Kytö, 2010).

El concepto de *Sprachausbau* nos permite contrabalancear la visión de una lengua monolítica, de la que tan naturalmente nacen las gramáticas “nacionales” o los análisis de los corpus que proyectan canales de gramaticalización con una sola dimensión, y de incluir el impacto que tuvieron las condiciones naturales de la escritura, las corrientes intelectuales y las tradiciones del escribir en el desarrollo de una escrituralidad compleja (cf. Company Company, 2008). Los marcadores discursivos orales y los que

sirven para construir un texto escrito complejo constituyen un caso extremo de “tensión máxima” entre oralidad y escritura.

En el desarrollo de una cultura de escritura, podemos distinguir, grosso modo, dos factores *naturales* que provienen de la naturaleza gráfica del código y de la función primordial de la comunicación por escrito, de los factores *culturales* a los que he aludido arriba. El código escrito reduce *por su naturaleza gráfica* las posibilidades de reflejar la polifuncionalidad prosódica de los marcadores discursivos en la oralidad, mucho más que con otras unidades de lengua. Por consiguiente, no podemos analizar los documentos escritos para ver cómo se habló sin conocer los procesos de adaptación de lo oral a lo escrito. Además, la tradición escrita genera su dinámica propia *por la naturaleza de su función*. La comunicación escrita es, en la gran mayoría de los casos, una comunicación entre personas que no se encuentran en la misma situación comunicativa y no se conocen. Consecuentemente, la escritura necesita desarrollar unidades descriptivas para compensar la falta de información situacional y del conocimiento de los locutores (cf. Maas, 2010; Bustos Tovar, 2011). Por añadidura, la comunicación a distancia implica otro cambio sustancial, en la medida en que la naturaleza dialógica inmediata del habla oral coloquial se ve remplazada por una textura predominantemente monologal. Tales condiciones favorecen *naturalmente* la expansión de los adverbios en *-mente* como adverbios *de frase* y *de texto* (cf. *primero / primeramente*) en la tradición escrita, mientras que la oralidad informal necesita marcadores discursivos interactivos. Así, las cosas, no sorprende que el análisis de documentos del primitivo romance hispánico no confirme la supuesta oralidad de estos textos (Cano Aguilar, 2008). Del mismo modo, Maas (2009, p. 33) observa que incluso los niños que no saben escribir producen textos de tipo escritural cuando se les pide dictar una historia.

El desarrollo de marcadores discursivos para la escritura es sin duda un fenómeno que merece un enfoque específico. Últimamente, se observa una proliferación de estudios diacrónicos sobre los adverbios enunciativos en *-mente*. Estos estudios suelen referirse a una lengua o a varias lenguas, sin estudiar los contactos que mantienen. Efectivamente, no suele tenerse en cuenta que los modelos de escritura no eran “nacionales” y que los autores observaban de muy cerca lo que estaba sucediendo en otros países. Basta con considerar series como fr. *apparemment*, it. *apparentemente*, port. *apparentemente*, ingl. *apparently*. Compárense también las correspondencias entre el español y el inglés: *efectivamente / effectively*, *absolutamente / absolutely*, *simplemente / simply*, *históricamente / historically*, *normalmente / normally*, *totalmente / totally*, *prácticamente / practically*, *exactamente / exactly*, etcétera (cf. Hummel, en prensa c). Este listado es voluntariamente heterogéneo, pues incluye adverbios epistémicos, de marco, de cuantificación, de enfoque y de énfasis. Su homoge-

neidad aparece cuando nos fijamos en el hecho de que todas las unidades ocupan un papel importante en la construcción de una visión subjetiva de los hechos referidos en el discurso. Además, la expansión de los adverbios enunciativos se produce en la misma fase de estandarización y desarrollo ulterior de una escritura. La hipótesis de una importación mediante el contacto intercultural de las tradiciones escritas se ve confirmada en el caso del rumano, con estandarización tardía en el siglo XIX. Los adverbios con función discursiva, tales como *normal*, *curios*, *logic*, *inadmisibil*, *evident*, etc. (se usa la forma adjetival), fueron copiados del francés o del italiano durante el proceso de escrituralización y romanización que tuvo lugar en el siglo XIX (Chircu, 2008, pp. 124-125). Hubo, además, intentos fracasados para importar también *-mente(e)*.

## 8. Conclusión

He intentado mostrar que la reconstrucción de la diacronía de los marcadores discursivos es una tarea interesante y apasionante a la vez que factible, al menos hasta cierto punto, con tal de que la consideremos en el marco de las tradiciones orales y escritas. Las relaciones que unen o separan estas tradiciones se caracterizan por tres ejes principales. Uno concierne la interfaz directa del hablar y del escribir, es decir, el reflejo de lo oral en lo escrito. Gran parte de la lingüística del siglo XX se limitó a esta relación, considerando oralidad y escritura como un simple cambio de código. Sin embargo, la oralidad y la escritura presentan condiciones *sui generis* para la realización de la lengua, como lo son, por ejemplo, la imposibilidad de reflejar la prosodia en los textos escritos, o la necesidad de explicitar las informaciones situacionales en la comunicación escrita entre personas que no comparten la misma situación comunicativa. Estos factores conforman el *eje natural* que incide específicamente en la oralidad y la escritura. Además, hay que tener en cuenta el *eje cultural* que relaciona la escritura con el modelo del latín, y más tarde, con los esfuerzos de crear y definir idiomas nacionales.

Como resultado, la relación de la oralidad con la escritura no es la de un simple cambio de código, sino que es de tipo osmótico entre tradiciones semi-independientes (cf. Hunnius, 2013). El papel que ocupa la membrana en los procesos osmóticos de la química es el mismo que el que tiene la conciencia lingüística de los hablantes en la ósmosis del habla y de la escritura. Ahora bien, la conciencia lingüística de los hablantes es fundamentalmente individual. Con todo, los individuos tienden a seguir modas, desarrollos culturales o normas escolares, si no se oponen a ellos, de tal suerte que las relaciones se convierten en una red relacional sincrónicamente muy compleja y sujeta a constantes cambios diacrónicos. Además, hay que tener en

cuenta la dimensión variacional de la lengua. La ósmosis de oralidad y escritura es más fuerte en el habla oral culta formal que en la inculta o informal. Prueba de ello es el mayor arraigo de la tradición oral popular en el español oral de América frente a España. Por la misma razón, el análisis de las variedades y variantes sincrónicas de la lengua presenta un gran interés metodológico para la reconstrucción diacrónica de la lengua, en la medida en que puede ayudarnos a detectar las tradiciones orales y a interpretar mejor los *bad data* diacrónicos.

En el caso de los marcadores del discurso, las discrepancias de las tradiciones orales y escritas son particularmente fuertes. Los marcadores discursivos parentéticos casi no se aceptan en la escritura, a no ser de forma adaptada, como, por ejemplo, en *claro* → *está claro que* o *total* → *en total*. En muchos casos se evitan incluso las adaptaciones. No se va a poner *en total* sino *en suma*, *en síntesis*, *a final de cuentas* u otras soluciones que pertenecen directamente a la tradición escrita. Ello reviene a decir que no siempre hay adaptación, sino una tradición de la escritura ya independiente, quizá especialmente en el campo de la construcción del discurso. Basta con recordar el escaso uso de los adverbios en *-mente* en la oralidad informal (sobre todo en América), y su papel importante como adverbios epistémicos, de marco, de actitud, etc. en los textos escritos. Además, los lingüistas somos hablantes cultos que corremos el peligro de proyectar nuestra visión de la lengua en el análisis de la oralidad, inventándonos mecanismos generativos que van de lo explícito a lo implícito (*está claro que* → *claro*), analizando los procesos en términos de “elipsis” y confundiendo lo canónico con el origen diacrónico. Del mismo modo que se han explicado las lenguas romances como decadencia del latín clásico, y que se han clasificado las lenguas del mundo según el criterio *pro drop*, o que se alude a la decadencia del modo subjuntivo, los autores tienden a explicar los marcadores discursivos orales como deformación de las oraciones y construcciones canónicas del arte de hablar y escribir bien. En todos estos casos se ignora el hecho fundamental de que las lenguas escritas son, por definición, un acto cultural emergente, algo que se construye del tal modo que conviene explicar sus oraciones y construcciones como producto de elaboración o “ascenso” (*Sprachausbau*), en lugar de considerar la oralidad como producto de su decadencia.

Si tenemos en cuenta esta situación compleja, no parece imposible reconstruir de manera más objetiva la tradición oral, como lo hicieron los neogramáticos con la fonética del latín. Se trata evidentemente de una tarea complicada que ya no puede pasar por alto los conocimientos filológicos de los textos analizados, como nos lo hizo creer el estructuralismo. Y cómodo fue. Además, no podríamos valernos del rigor de una sola teoría con su metodología. Varios colegas que participaron en el congreso de Buenos Ai-

res se declararon metodológicamente eclécticos. Tienen toda la razón. Pero hay que crear una visión positiva del eclecticismo. Pienso que urge convertir esta visión, básicamente negativa, en programa científico. Para poder deslindar y describir el objeto de investigación tenemos que multiplicar las luces parciales proyectadas por cada metodología. En el siglo xx, se decía a menudo que el objeto de investigación no tiene existencia propia, sino que cada método lo constituye. Por eso, se abandonó el intento de describir un objeto desde todos los puntos de vista, con el resultado de confinarse, limitarse y a veces cegarse con la perspectiva adoptada. Es posible que el objeto de investigación no exista de forma independiente, pero quiero creer (digo *creer*) que la única manera de acceder a él es la multiplicación de los métodos, ya que el hecho de conducir los resultados obtenidos mediante una combinación de métodos a una síntesis *coherente* es el correctivo más poderoso en términos explicativos de la investigación científica. En este sentido, habrá que multiplicar las perspectivas, sin perder de vista el objetivo de llegar a una síntesis general. Si no, nos vamos a perder en un sinfín de estudios parciales que ni siquiera intentan pensar en un objetivo general. Es toda la herencia del siglo xx. No me parece que sea una casualidad que las obras de síntesis empiecen a nacer de nuevo, como en el siglo xix, cuando se pensaba a lo grande.

### 9. Corpus

Corpus Kluge = Corpus inédito, parcialmente publicado en Kluge, 2005.  
Davies, M. = Corpus del español, <http://www.corpusdelespanol.org>.

### 10. Bibliografía

- BARRENECHEA, A. (1979). Operadores pragmáticos de actitud oracional: los adverbios en *-mente* y otros signos. En A. Barrenechea, M. de Rosetti, M. Freyre, E. Jiménez, T. Orecchia, C. Wolf (Eds.), *Estudios lingüísticos y dialectológicos. Temas hispánicos* (pp. 39-59). Buenos Aires: Hachette.
- BAZZANELLA, C. (2010). I segnali discorsivi. En G. Salvi & L. Renzi (Eds.), *Grammatica dell'italiano antico*, 2 vols. (pp. 1339-1357). Bologna: Il Mulino.
- BOLINGER, D. (1967). Adjectives in English: attribution and predication. *Lingua*, 18 (3), 1-34.
- BRUGART, J. M. & MACDONALD, J. E. (2012). Empty categories and ellipsis. En J. Hualde, A. Olarrea & E. O'Rourke (Eds.) *The handbook of Hispanic linguistics* (pp. 579-601). London: Wiley-Blackwell.
- BUSTOS TOVAR, J. de (2011). Hablo como escribo. En ídem, R. Cano Aguilar, E. Méndez García de Paredes y A. López Serena (Coords.), *Sintaxis y*

- análisis del discurso hablado en español. Homenaje a Antonio Narbona*, vol. 1 (pp. 459-477). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- CANO AGUILAR, R. (2008). La sintaxis de los documentos primitivos: interacción oral y convencionalismo discursivo. En B. Díez Calleja (ed.), *El primitivo romance hispánico* (pp. 397-406). s.l.: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
- CASTILLO LLUCH, M. y LÓPEZ IZQUIERDO, M. (2010) (Eds.) *Modelos latinos en la Castilla medieval*, Madrid: Iberoamericana.
- CHIRCU, A. (2008). *L'adverbe dans les langues romanes. Études étymologique, lexicale et morphologique (français, roumain, italien, espagnol, portugais, catalan, provençal)*, Cluj-Napoca: Casa Cărtii de Știință.
- COMPANY COMPANY, C. (2004a). ¿Gramaticalización o desgramaticalización? Reanálisis y subjetivización de verbos como marcadores discursivos en la historia del español. *Revista de Filología Española*, 84 (1), 29-66.
- . (2004b). Gramaticalización por subjetivización como prescindibilidad de la sintaxis. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 52, 1-27.
- . (2008). Gramaticalización, género discursivo y otras variables en la difusión del cambio sintáctico. En J. Kabatek (Ed.), *Sintaxis histórica del español y cambio lingüístico. Nuevas perspectivas desde las Tradiciones Discursivas* (pp. 17-51). Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert.
- . (2012). Condicionamientos textuales en la evolución de los adverbios en *-mente*. *Revista de Filología Española*, 92 (1), 9-42.
- . (en este volumen). *Principios teóricos vs. datos de corpus. ¿Diálogo o enfrentamiento? Los adverbios en -mente como marcadores del discurso*.
- CRESTI, E. & MONEGLIA, M. (2005) (Eds.) *C-ORAL-ROM: Integrated reference corpora for spoken Romance language*. Ámsterdam-Filadelfia: Benjamins.
- CRIADO de VAL, M. (1972). *Fisonomía del español y de las lenguas modernas*. Madrid: SAETA.
- DARDANO, M. (2012). Segnali discorsivi della prima poesia italiana. En B. Wehr & F. Nicolosi (Eds.), *Pragmatique historique et syntaxe* (pp. 47-68). Frankfurt am Main: Peter Lang.
- EBERENZ, R. (2003). Huellas de la oralidad en textos de los siglos XV y XVI. En J. de Bustos (Ed.), *Textualización y oralidad* (pp. 63-83). Madrid: Visor.
- FRASER, B. (2006). On the universality of discourse markers. En K. Aijmer & A.-M. Simon-Vandenberg (Eds.) *Pragmatic markers in contrast* (pp. 73-92). Ámsterdam: Elsevier.
- FREITES BARROS, F. (2006). El marcador de discurso *claro*: funcionamiento pragmático, metadiscursivo y organizador de la estructura temática. *Verba*, 33, 261-279.

- FUENTES RODRÍGUEZ, C. (1993). *Claro: modelización y conexión*. *Sociolingüística Andaluza*, 8, 99-126.
- . (2009). *Diccionario de conectores y operadores del español*. Madrid: Arco Libros.
- GIVÓN, T. (1970). Notes on the semantic structure of English adjectives. *Language*, 46 (4), 816-837.
- GREENBAUM, S. (1969). *Studies in English adverbial usage*. London / Harlow: Longmans.
- HANSEN, M.-B. M. & WALTERETT, R. (2009). On the role of Generalized Conversational Implicatures in semantic change. *Chicago Linguistics Society*, 42, 33-46.
- HUMMEL, M. (2005). Zum Gebrauch des Konjunktivs im gesprochenen Spanisch Chiles. En V. Noll & S. H. Symeonidis (Eds.), *Sprache in Iberoamerika* (pp. 313-339). Hamburg: Buske.
- . (2012). *Polifuncionalidad, polisemia y estrategia retórica. Los signos discursivos con base atributiva entre oralidad y escritura. Acerca de esp. bueno, claro, total, realmente, etc.*, Berlín / Boston: de Gruyter.
- . (2013). Attribution in Romance: Reconstructing the oral and written tradition. *Folia Linguistica Historica*, 34.
- . (en prensa a). The adjective-adverb interface in Romance and English. En F. Van de Velde, P. Sleeman & H. Perridon (Eds.), *Adjectives in Germanic and Romance*. Ámsterdam-Filadelfia: Benjamins.
- . (en prensa b). Polyfunctionality, polysemy, and rhetorical strategy. The functional, semantic and pragmatic motivation of discourse functions. *Grazer Linguistische Studien*, 79.
- . (en prensa c). La dimensión intercultural de la expansión diacrónica de los adverbios en *-mente*. En M. P. Garcés Gómez (Ed.): *Los adverbios con función discursiva. Procesos de formación y evolución*, Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert.
- HUNNIUS, K. (2013). Nähesprache vs. Oralität. Zwei Konzeptionen von Mündlichkeit im Vergleich. *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 123 (1), 1-11.
- KLOSS, H. (1967). 'Abstand languages' and 'Ausbau languages'. *Anthropological Linguistics*, 9, 29-41.
- KLUGE, B. (2005). *Identitätskonstitution im Gespräch: südchilenische Migrantinnen in Santiago de Chile*. Frankfurt: Vervuert / Iberoamericana.
- KYTÖ, M. (2010). Data in historical pragmatics. En A. Jucker / I. Taavitsainen (Eds.), *Historical pragmatics* (pp. 33-67). Berlín / Nueva York: de Gruyter.
- LABOV, W. (1994). *Principles of linguistic change. Internal factors*. Oxford: Blackwell.

- MAAS, U. (2008). Können Sprachen einfach sein? *Grazer Linguistische Studien*, 69, 1-44.
- . (2010). Literat und orat. Grundbegriffe der Analyse geschriebener und gesprochener Sprache. *Orat und literat, Grazer Linguistische Studien*, 73, 21-150.
- . (2012a). *Was ist deutsch? Die Entwicklung der sprachlichen Verhältnisse in Deutschland*. München: Fink.
- . (2012b). Enunciatives in Moroccan Arabic. *STUF – Language Typology and Universals*, 65 (4), 398-411.
- MARCHAND, H. (1966). On attributive and predicative derived adjectives and some problems related to the distinction. *Anglia*, 84 (2), 132-149.
- MARTÍN ZORRAQUINO, M. y PORTOLÉS, J. (1999). Los marcadores del discurso. En I. Bosque y V. Demonte (Eds.) *Gramática descriptiva de la lengua española* (pp. 4051-4213). Madrid: Espasa.
- NARBONA JIMÉNEZ, A. (2002). Sobre evolución sintáctica y escritura-oralidad. En M. Echenique Elizondo y J. Sánchez Méndez (Eds.), *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española* (Valencia 2000) (pp. 133-158). Madrid: Gredos.
- OCAMPO, F. (2006). Movement towards discourse is not grammaticalization: The evolution of *claro* from adjective to discourse particle in spoken Spanish. En N. Sagarra & A. Toribio (Eds.), *Selected proceedings of the 9<sup>th</sup> Hispanic Linguistics Symposium* (pp. 308-319). Somerville (MA): Cascadilla Proceedings Project.
- PFISTER, F. (1912). Vulgärlatein und Vulgärgriechisch. *Rheinisches Museum für Philologie*, 67, 195-208.
- POCETTI, P. (2008). Convergences et divergences entre les langues d'Italie ancienne dans l'expression des adverbes. En M. Fruyt & S. Van Laer (Eds.), *Adverbes et évolution linguistique en latin* (pp. 27-46). Paris: L'Harmattan.
- POUNTAIN, Ch. (2011). Latin and the structure of written Romance. En M. Maiden, J. Smith & A. Ledgeway (Eds.), *The Cambridge history of the Romance languages*, vol. 1: *Structures* (pp. 606-659). Cambridge: Cambridge University Press.
- PULGRAM, E. (1975). *Latin-Romance phonology: prosodics and metrics*. München: Fink.
- RAMAGLIA, F. (2011). *Adjectives at the syntax-semantics interface*. München: Lincom.
- RICCA, D. (2008). 'Soggettivizzazione' e diacronia degli avverbi in *-mente*: gli avverbi epistemici ed evidenziali. En R. Lazzeroni, E. Banfi, G. Bernini, M. Chini & G. Marotta (Eds.), *Diachronica et Synchronica. Studi in onore di Anna Giacalone Ramat* (pp. 429-452). Pisa: ETS.

- . (2010). Adverbs. En Ph. Baldi & P. Cuzzolin (Eds.), *New perspectives on historical Latin syntax*, vol. 2 (pp. 109-191). Berlín / Nueva York: de Gruyter.
- SCHIFFRIN, D. (1987). *Discourse markers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TRAVIS, C. (2005). *Discourse markers in Colombian Spanish. A study in polysemy*. Berlín / Nueva York: Mouton de Gruyter.
- VÁZQUEZ VEIGA, N. (1994-1995). Una aproximación a algunos marcadores con función textual de 'resumen', 'conclusión' y 'cierre'. *Estudios de Lingüística Universidad de Alicante*, 10, 349-390.
- WRIGHT, R. (2011). Romance languages as a source for spoken Latin. En J. Clackson (ed.), *A companion to the Latin language* (pp. 59-79). Malden / Oxford: Wiley-Blackwell.